

De todos modos hay que tener en cuenta que se trata de un precursor, que solo consiguió una solución "intuitiva" de los problemas, a golpes de ciego, sin que sus propuestas de un *empirismo radical*, o de una *metafísica autocrítica*, se puedan tomar al pie de la letra como definitivas. Sólo se pueden admitir como una crítica interna a las ideas fenomenistas y mecanicistas desde dentro de ellas mismas, sin considerarlas como la última palabra filosófica sobre el tema. Última palabra que, como ahora indica reiteradamente Juan Arana, ya no estaría ni en la filosofía de la religión del deísmo, que tampoco se excluye, ni en una epistemología trascendental cerrada en sí misma, sino más bien en una *filosofía primera*, o teoría de los primeros *principios* y de los distintos tipos de *acción*, que llevaría a cabo un nuevo análisis metafísico de los *fenómenos empíricos* desde dentro de sí mismos.

Carlos O. de Landázuri

BARCO COLLAZOS, J.L. del: *Platón. Teoría de las Ideas*, ed. Edinford, Málaga 1991, 266 págs.

Como todo pensador genuinamente clásico, Platón no ha dejado nunca de ser actual. Ajeno a los vaivenes y modas intelectuales, ha resistido victoriosamente el paso del tiempo. De ahí que el interés por su obra, una de las más altas expresiones del pensar humano, se haya mantenido sin apenas variaciones durante veinticinco siglos. La resistencia de sus ideas al envejecimiento, la frescura de un pensamiento perpetuamente vigente capaz de inspirar generación tras generación a pensadores y estudiosos, la hondura y vigor intelectuales de uno de los grandes maestros del género humano llevaron a Hegel a considerar a Platón como "una de las figuras histórico-universales, y su filosofía una de esas existencias de la historia universal que, desde su mismo nacimiento, ejercen la más importante influencia sobre todos los tiempos venideros en cuanto a la formación y al desarrollo del espíritu".

La mejor prueba del interés por la figura y la obra del filósofo ateniense es el ingente número de estudios que se le han dedicado. Los más importantes han ido dirigidos a esclarecer la teoría de las Ideas, el núcleo metafísico de su sistema, el fundamento sobre el que se levantan los demás orbes temáticos, desde la ética y la política hasta la teoría del arte, las doctrinas cosmológicas o la concepción del estatuto epistemológico de las diversas ciencias. El principal empeño de los grandes estudios alemanes de principios de siglo, especialmente los de Natorp (1903), Willamowitz-Moellendorf (1909) y Ritter (1910), así como el de los prestigiosos platonistas ingleses, franceses e italianos —L. Robin (1908), Taylor (1926), Festugière (1950), Reale (1984), etc.— ha sido determinar con precisión el significado último de la metafísica ideal platónica. En nuestra lengua abundan también las investigaciones sobre los más variados aspectos de la filosofía platónica. Sin embargo, son muy escasos los que abordan directamente y se proponen como objetivo exclusivo investigar la teoría de las Ideas. Esta laguna quiere llenar la obra de José Luis del Barco, que reúne en excelente síntesis claridad expositiva, rigor y hondura argumentativos y un vastísimo conocimiento de las fuentes y la bibliografía secundaria, tanto de la ya consagrada y reconocida como de la más actual.

La obra que reseñamos se levanta sobre dos tesis esenciales, expuestas y desarrolladas en la *Introducción* (pp. 7-19). La primera se refiere al fundamento epistemológico de la teoría ideal. Podríamos formularla así: las Ideas son la postulación necesaria de una concepción intuitiva del conocimiento, es decir, de una doctrina epistemológica que, por no haber advertido la índole axiomática de la coactualidad entre el conocer y lo conocido, reduce el conocimiento a presencia majestuosa de un inteligible en sí ante el que el conocer se limita a asistir pasivamente. La segunda alude al carácter continuo y creciente de la teoría de las Ideas. Cabría enunciarla del modo siguiente: frente a la opinión, muy extendida entre los estudiosos de Platón, sobre la existencia en su obra de una teoría immanente y otra trascendente de las Ideas, que afirmarían respectivamente la existencia de las Formas *en* las cosas o *fuera* de ellas –es decir, *en sí* y al margen del inteligir–, es preciso mantener la continuidad de la metafísica ideal platónica. No hay transición del conocimiento correspondiente a una realidad esplendorosa, supremamente real y máximamente inteligible, ante la que el conocer se inhibe y reduce a pura contemplación expectante y pasiva. Sin embargo, ese fundamento epistemológico de la teoría de las Ideas se aprecia de modo especialmente claro en los grandes diálogos del período intermedio (segunda parte, pp. 55-163). El *Fedón*, el *Fedro*, la *República* y el *Timeo* constituyen, en efecto, el *locus classicus* de la teoría clásica de las formas, según la atinada expresión de Crombie. El problema fundamental de todos ellos consiste en determinar la índole del conocimiento y en caracterizar las ideas como consistencias separadas, es decir, como inteligibles con un *tópos* no intelectual, sino uránico.

Tras la determinación de la naturaleza plenamente real o inteligible de las Ideas, su forma de existencia, su índole autoidéntica y paradigmática y la separación entre los mundos sensible e inteligible, Platón se enfrenta con nuevos problemas, en especial con el de la participación de las cosas en las Ideas y de las Ideas entre sí. A los diálogos de la teoría de las Formas siguen los de la participación (tercera parte, pp. 165-233). El objetivo esencial de todos ellos es unificar el orden ideal, es decir, construir el sistema de las Ideas. Para lograrlo, el filósofo ateniense ensaya diversos conectivos, como el Bien, el Uno o los Géneros Supremos. Ninguno de ellos es capaz de superar el atomismo ideal, pues la estructura del conectivo abarcador y sinóptico no queda nunca suficientemente aclarada. Cuando se identifica con la totalidad de los conectivos ideales, o sólo con los más excelentes, con los llamados Géneros Supremos –trascendentes según la terminología posterior–, permanece sin determinar el orden adecuado entre ellos.

El minucioso recorrido histórico por la obra platónica justifica adecuadamente las hipótesis de partida, que se convierte ahora en resultados de la investigación. Apoyándose en ellos, se elabora en el *Epílogo* (pp. 249-259) una teoría sistemática de la Idea, en la que las Formas aparecen como consistencias separadas y como verdad. Lo primero implica una concepción del inteligible aislado del inteligir, por más que la inseedad de la Idea suponga, en contra de la intención platónica de resaltarla, un menoscabo de su idealidad. Lo segundo entraña considerar el ser de las cosas no como causa de su verdad, sino a la verdad como el verdadero ser de ellas.

La apretada síntesis que acabamos de hacer permite percibir la importancia de la obra de José Luis del Barco. Nos encontramos ante una investigación rigurosa, desarrollada con orden y expuesta con un estilo diáfano, cuya claridad no supone renunciar a la profundidad. Tanto la copiosa bibliografía manejada, cuanto los originales puntos de vista desde los que se aborda el estudio de la

BIBLIOGRAFIA

metafísica platónica –algunos de ellos muy diferentes de los del platonismo tradicional–, autorizan a decir que nos encontramos ante una obra fundamental para los estudiosos e investigadores del gran maestro griego.

Juan Cruz Cruz

BURKHARDT, A. (ed): *Speech Acts, Meaning and Intentions. Critical Approaches to the Philosophy of John R. Searle*, Walter de Gruyter, Berlín, New York, 1990, 428 págs.

La teoría de los actos de habla de John R. Searle ha tenido un impacto decisivo en el giro lingüístico operado en el pensamiento contemporáneo con posterioridad a 1960. Autores de muy distintas procedencias, como Strawson, Stroud, Kripke, Hintikka, Davidson, Dummett, Tugendhat, Habermas o Apel han sufrido su influencia de un modo decisivo y, sin ella, no se puede llegar a entender la posterior evolución de su trayectoria intelectual. Además, se trata de un influjo de gran calado que pasa desapercibido a primera vista, pero que determina en gran parte los métodos y el tipo de problemas que van a ser objeto de la filosofía actual. En este sentido se le puede considerar como uno de aquellos filósofos aún vivos que, junto con Popper, Chomsky y Quine, han determinado el rumbo que posteriormente iba a tomar la filosofía, a pesar de que seguramente el mismo sería el primer sorprendido de esta afirmación.

Probablemente la razón última de este éxito reside en su capacidad de unir en un sólo problema las cuestiones más dispares que, especialmente con posterioridad a Heidegger y Wittgenstein, van a preocupar al análisis del lenguaje y a la teoría de la acción, en una línea de pensamiento que, además, recoge lo mejor de las tradiciones fenomenológicas, analíticas y neopragmáticas. De igual modo que permite abordar de un modo aún más directo la articulación interna que se debe establecer entre las teorías científicas y el lenguaje cotidiano, en la forma como ya había sido planteado por Russell, Wittgenstein, Popper y Quine, sin conseguirlo plenamente. O, el problema aún más profundo de cómo se debe relacionar el análisis lógico y la crítica empirista del significado, yendo más allá de los planteamientos de Carnap, Neurath o el propio Quine.

En este contexto la teoría de los actos de habla de Searle, junto con Austin y Grice, supone un punto de referencia ineludible para los nuevos planteamientos trascendentalistas antes citados. La consideran como un punto de partida privilegiado, similar al kantiano, que permite iniciar una nueva filosofía primera, o teoría de los primeros principios, a fin de articular así las distintas ramas del saber que hoy día se sabe que confluyen en la metodología científica. Además, esta solución presenta la ventaja añadida de poner de manifiesto de un modo directo las distintas dimensiones semióticas, gnoseológicas y estrictamente existenciales o metafísicas, que hacen posible la realización de cualquier acto de habla, como prototipo que ahora es de cualquier acción humana. Por todo lo cual se puede decir que la teoría de los actos de habla no es en absoluto trivial, sino que más bien se configura como un punto de referencia insustituible de cualquier metafísica, o de cualquier teoría de la ciencia, que sea consciente del terreno que pisa.

En este contexto Armin Burkhardt presenta una obra colectiva en la que se hace un intento sincero por lograr una aproximación crítica a las propuestas de